

Breve delimitación histórico-teórica del ensayo

SUSANA GIL-ALBARELLOS
Universidad de Valladolid

1. ORÍGENES DEL ENSAYO

El texto ensayístico es una clase de texto producida como tal a partir de la Edad Moderna y en la actualidad se incluye junto al poema en prosa en las nuevas clases de textos que tradicionalmente se han perfilado bajo el encabezamiento de géneros didáctico-ensayísticos.

El nacimiento preciso del ensayo tiene lugar durante el Renacimiento, hecho que nos parece especialmente significativo por su paralelismo con la consolidación de la novela en su sentido actual en nuestras letras. Efectivamente, es en el Renacimiento cuando se sitúa la aparición de la novela moderna occidental y cuando se escriben el *Lazarillo* y el *Quijote*, las dos novelas modernas que abren y llevan a la perfección el género novela en la cultura europea. El *Lazarillo* porque expone la idea de que cada uno es hijo de sus actos; el *Quijote* porque revela que los valores del hombre son relativos. Estas dos novelas descubren que el hombre ha perdido el sentido globalizador dentro de la sociedad y empieza a reclamar una individualidad característica del pensamiento humanista. Este mismo espíritu alimenta el nacimiento del ensayo a partir, como veremos, de los escritos de Montaigne y Bacon, y la afirmación por parte de ambos de una personalidad y naturaleza propias.

Al hablar de los orígenes del ensayo se han mencionado algunas manifestaciones textuales clásicas, medievales y renacentistas. Se considera que tiene antecedentes en diversos géneros desarrollados desde época antigua, entre otros, en el diálogo, el tratado medieval, la glosa doctrinal del siglo XVI, la epístola humanista, los prólogos y la miscelánea.

A pesar de que el ensayo se consolida como clase de texto diferenciada en la Edad Moderna, engloba textos literarios y no literarios, éstos últimos difíciles

de caracterizar por quedar también fuera de los grandes géneros literarios que se fraguan desde la Poética aristotélica

Ya en la antigüedad clásica en Grecia aparecen los *Diálogos* de Platón que aislándolos de su dramatización y de la debida alternancia que exige la forma dialogada, revelan textos identificables en mayor o menor medida con el ensayo, principalmente en los grandes parlamentos que dichos *Diálogos* contienen. Los *Diálogos* de Platón suponen la fusión entre literatura y filosofía. No en vano, Georg Lukács pensaba que Platón era el mayor y mejor ensayista¹. De esta misma época, se ha relacionado el ensayo con las epístolas (*Epístolas Morales a Lucilio*, de Séneca), textos que Bacon señaló como constituyentes de ensayos al estar formados por meditaciones diversas.

Por otra parte, y situado dentro de las disciplinas clásicas del discurso, el ensayo está relacionado con la Retórica, especialmente con el discurso epidíctico o demostrativo porque le presta al texto *argumentativo* su método, forma e instrumental para persuadir. Sin embargo, aunque cercano a la exposición argumentativa, como veremos al tratar del género retórico, el ensayo no participa de la elaboración retórica de la *argumentatio*, si bien mantiene con el discurso retórico semejanzas pragmáticas a la hora de buscar la complicidad en el lector. Esta complicidad se hace necesaria para conseguir mover, convencer y a largo plazo persuadir al lector.

A pesar de estos antecedentes, se considera que los *Essais* de Miguel de Montaigne y los *Essays* de Francis Bacon inauguran el ensayo moderno en 1580 y 1597 respectivamente, y atribuyen al término el sentido actual². Para Montaigne el ensayo no es un género literario, sino «una noción de método, del desarrollo de un proceso intelectual». Afirma escribir en primera persona porque escribe como él mismo y en virtud de su propio nombre, no como crítico, literato o cualquier otra cosa, y basarse en su experiencia. Montaigne de este modo no sólo inventa el término, sino que ya tiene conciencia de haber escrito una obra especial: «Este es el único libro de su clase en el mundo; es de una intención indómita y extravagante. En él no hay nada tan digno de ser notado como su singularidad³».

¹ G. Lukács: «Sobre la esencia y forma del ensayo», en *El alma y las formas*, Barcelona, Grijalbo, 1975, p. 32.

² Michel E. Montaigne: *Oeuvres complètes*, Bruges, Bibliothèque de la Pléiade, 1967. Francis Bacon: *Works of Francis Bacon*, New York, Garret Press, 1968.

³ En la introducción a sus ensayos, *Al lector*, afirma Montaigne lo siguiente: «Es éste, un libro de buena fe, lector. De entrada te advierte que con él no me he propuesto más fin que el doméstico y privado. En él no he tenido en cuenta ni el servicio a ti, ni mi gloria. No son capaces mis fuerzas de tales designios. Lo he dedicado al particular solaz de parientes y amigos: a fin de que una vez me hayan perdido (lo que muy pronto les sucederá), puedan hallar en él algunos rasgos de mi condición y humor, y así, alimenten más completo y vivo, el conocimiento que han tenido de mi persona. Si lo hubiera escrito para conseguir el favor del mundo, habríame engalanado mejor y mostraríame en actitud estudiada. Quiero que en él me vean con mis maneras sencillas, naturales y ordinarias, sin disimulo y artificio: pues píntome a mí mismo. Aquí podrán leerse mis defectos crudamente y mi forma de ser innata, en la medida en que el respecto público me lo ha permitido. Que

Bacon, siguiendo la huella de Montaigne, se basa en abstracciones y no tanto en vivencias o percepciones más o menos personales, pero está igualmente presente en sus ensayos, fundamentados en mayor medida en el componente retórico que en el poético⁴. Bacon, sin embargo, introduce en sus ensayos comentarios en los que plantea el problema de si la forma expresiva y la actitud reflexiva que caracterizan al género existían ya antes de que Montaigne utilizara la palabra ensayo para titular su obra: «La palabra es nueva, pero el contenido es antiguo. Pues las mismas *Epístolas a Lucilio* de Séneca, si uno se fija bien, no son más que 'ensayos', es decir, meditaciones reunidas en forma de epístola⁵».

Estas palabras no han hecho sino encender la polémica acerca del nacimiento exacto del ensayo. Para un sector de la crítica su nacimiento se puede establecer con Montaigne; otro sector lo sitúa en la Antigüedad grecolatina. Finalmente, otra parte de la crítica establece que ciertas manifestaciones textuales contemporáneas a Montaigne ya constituían verdaderos ensayos. Porque es evidente que la actitud reflexiva del autor y la personalización de la materia pueden encontrarse en otras manifestaciones textuales no ficcionales, tanto antiguas como contemporáneas a Montaigne.

Entre los autores que sitúan el nacimiento del ensayo en la Antigüedad destaca Carlos García Gual, que remonta los orígenes del ensayo a ciertos textos sofísticos del siglo V a. C., como el *Encomio a Helena* de Gorgias, ya que se exponía una opinión razonable y razonada, expuesta públicamente con gran elegancia y sin demostraciones técnicas o lógicas⁶.

Una de las clases de textos con los que se ha emparentado más frecuentemente el ensayo es el diálogo humanista, que al morir como género literario en el siglo XVI sus temas tomaron expresión directa en el ensayo. Este permite mayor sobriedad, puede ser más lento y matizado, refleja su origen dialéctico y dialógico y no está sujeto a las exigencias retóricas de la forma dialogada⁷.

En el mismo sentido se expresa Rafael Lapesa quien define el ensayo en relación con el diálogo humanista:

El puesto del diálogo doctrinal ha sido ocupado modernamente por el ensayo, que apunta teorías, presenta temas bajo aspectos nuevos o establece sugestivas relaciones sin ceñirse a la justeza ordenada necesaria de una exposición conclusa. No pre-

si yo hubiere estado en esas naciones de las que se dicen viven todavía en la dulce libertad de las primeras leyes de la naturaleza, te aseguro que gustosamente me habría pintado por entero, y desnudo. Así, lector, yo mismo soy la materia de mi libro: no hay razón para que ocupes tu ocio en tema tan frívolo y vano. Adiós pues; de Montaigne, a uno de marzo de mil quinientos ochenta». M. De Montaigne: *Ensayos I*, Madrid, Cátedra, 1985.

⁴ J. L. Gómez-Martínez: *Teoría del ensayo*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1987, pp. 22-23.

⁵ F. Bacon: *Works of Francis Bacon*, cit.

⁶ C. García Gual: *Primeras novelas europeas*, Madrid, Itsmo, 1974.

⁷ C. Morón Arroyo, «Sobre el diálogo y sus funciones literarias», en *Hispanic Review*, 41. 1973, p. 279.

tende serlo: la misión suya es plantear cuestiones y señalar caminos más que asentar soluciones firmes; por eso toma aspecto de amena divagación literaria⁸.

No obstante, a pesar del parentesco, hay que matizar que el diálogo renacentista nace de la interacción de Dialéctica y Retórica, ya que es la imitación en prosa de una disputa o conversación entre dos o más interlocutores al servicio de una enseñanza. Las variedades históricas del diálogo como clase de textos han sido reducidos a dos fundamentales: el didáctico y el circunstancial, típicamente erasmista. Sólo este último puede considerarse uno de los gérmenes del ensayo.

Más cercana al ensayo se encuentra la epístola humanista. Recuérdese que ya Bacon señaló la relación de las epístolas de Séneca con el ensayo. Una posible relación de estas dos clases de texto argumentativos se leen en el siguiente texto:

Con una fórmula de comunicación inmediata, con la emotividad de lo privado (pues el texto siempre pertenecerá al «yo» que la dirige), el humanista se da en ellas personalmente mostrando su ser (persona) y su valía (intelectual). En la relación factual entre un yo y un tú se genera un texto con implicaciones ensayísticas. Cualquier dato o noticia puede convertirse en la «ocasión de» una larga digresión o incursión cultural⁹.

La conexión entre el ensayo y la epístola se establece en la personalización de la materia y la libertad formal-dispositiva. Si exceptuamos el saludo inicial que encabeza la carta y la despedida que la cierra, es posible encontrar, sobre todo actualmente, una verdadera reflexión ensayística encerrada en una misiva. De hecho, Montaigne planteó sus ensayos en forma de cartas que finalmente no realizó por falta de un interlocutor adecuado.

La tercera clase de texto considerada cercana al texto del ensayo son los prólogos, textos que a menudo encierran un ensayo, principalmente cuando de forma independiente y con cierta extensión se acomete un resumen o exposición del tema que iba a tratar la obra prologada. Además, el prólogo poseía y posee una intención persuasiva a través de reflexiones personales que también lo acercan al ensayo:

Gran parte de los diálogos del siglo de oro tienen el carácter de ensayos literarios (...), sobre todo en obras de tipo doctrinal, religioso y en prólogos ajenos a libros de poetas (...). Siempre que el prólogo desarrolle un tema, ya sea independiente o ya sea resumen del tema que sigue, se convierte en un tratado doctrinal de carácter independiente, en una pequeña obra, en ensayo¹⁰.

⁸ R. Lapesa: *Introducción a los estudios literarios*, Madrid, Cátedra, 1988 (17^o ed.), p. 181.

⁹ A. Rallo: *La prosa didáctica en el siglo XVII*, Madrid, Taurus, 1988, p. 120.

¹⁰ A. Porcheras Mayo: *El prólogo en el Renacimiento español*, Madrid, C.S.I.C., 1965, p. 7.

La glosa, el comentario, la paráfrasis personal que estaban destinadas a aclarar el sentido del texto también han sido relacionadas con los orígenes y antecedentes del ensayo. Éste heredaría de la glosa humanista el libre divagar sobre un tema, el espíritu crítico, la duda y la polémica.

Existe otra clase de textos relacionada con el origen del ensayo de carácter enciclopédico y didáctico que proliferó durante el Renacimiento: la miscelánea, que acumula datos y testimonios con la intención en la argumentación de ofrecer el estado de la cuestión y no tanto conclusiones puntuales sobre un tema.

La palabra ensayo fue extendiéndose por Europa tras su nacimiento debido al prestigio que alcanzaron los ensayos de Montaigne y Bacon, y se fue convirtiendo, principalmente en Inglaterra, en un término que acogía un variado tipo de escritos. Durante el siglo XVIII tienen un importantísimo aumento las publicaciones periódicas, lo que facilitó la construcción genérica del ensayo moderno.

Aparte del importante papel de Inglaterra, que en el siglo XVIII cuenta con personajes tan importantes para la consolidación del ensayismo como Daniel Defoe y los pensadores empiristas, pronto Francia adquiere relevancia debido principalmente a Voltaire. España tardará un poco más en acuñar normalmente el término, como más adelante veremos¹¹.

2. CARACTERÍSTICAS DEL ENSAYO COMO GÉNERO DE LA ARGUMENTACIÓN

El Diccionario de la Real Academia define el ensayo (del latín *exagium*, peso) del siguiente modo: «Escrito, generalmente breve, constituido por pensamientos del autor sobre un tema, sin el aparato ni la extensión que requiere un tratado completo sobre la misma materia».

En esta definición se precisa en breves líneas tanto su extensión breve, como sus características de ser pensamientos de un autor y no disponer de la rigurosidad exigida en otro tipo de textos. Es decir, es una definición basada en los componentes formales, semánticos, estructurales y sobre todo pragmáticos que serían comunes a otros géneros.

No cabe duda de que el propósito de analizar genéricamente el ensayo pasa por ser precisamente eso, un ensayo en el sentido de intento imposible de abarcar en su totalidad las características que lo definen y sitúan en el marco de los estudios genéricos. Y una de las mayores dificultades a la hora de delimitar for-

¹¹ G. Bueno, en «Sobre el concepto de ensayo», en *El padre Feijóo y su siglo*, Oviedo, Universidad de Oviedo, 1966, insiste en la filiación moderna del ensayo, al que considera género literario, cuando afirma que: «Tanto la revolución industrial, como el género literario *ensayo*, son productos característicos de la época moderna, digamos del humanismo que se constituye a expensas de la liquidación de la sociedad feudal. Mientras que la conciencia medieval se cerraba a la consideración del Trasmundo eterno, la conciencia del llamado «hombre moderno» se diría que propende a sustituir la oración por la técnica, y el saber escolástico por el ensayo».

mal y temáticamente el ensayo reside en su propio estatuto híbrido, y al género se le ha llegado a considerar un injerto de la ciencia de la literatura.

Parece que una de las cuestiones más difíciles de precisar en torno a esta forma textual es su definición y por tanto su clara adscripción genérica debido a que bajo dicho epígrafe han tenido y tienen cabida una gran variedad de textos, a los que les une una mayor libertad y noción crítica que en los textos literarios claramente asimilables a la triada clásica. La doble aproximación a los estudios genéricos (teóricos o naturales/históricos) afecta al ensayo y ha constituido su máximo error, ya que entendemos el ensayo como un género histórico que junto a otras clases de textos forma el género teórico didáctico-ensayístico, o como acertadamente precisa Elena Arenas Cruz, el género teórico-argumentativo, membrete este último más apropiado a nuestro juicio y el que utilizaremos de ahora en adelante¹².

El ensayo, por consiguiente, puede ser caracterizado precisando sus límites al compararlo con todas aquellas clases de textos que forman dicho género argumentativo como hemos hecho brevemente al analizar los posibles antecedentes históricos del ensayo (discurso, tratado, epístola, diálogo, glosa, etc.¹³), teniendo en cuenta que todas mantienen en común el ser vínculo de transmisión del pensamiento en la evolución de la cultura en Occidente.

El ensayo pertenece o se incluye en aquellos géneros que no han sido incorporados a las Poéticas tradicionales por poner en tela de juicio la artisticidad de su lenguaje y sus estructuras funcionales, así como por separarse conscientemente de la prosa de carácter ficcional; se cuestiona desde este punto de vista su calidad de texto literario o no literario.

En el género argumentativo están incluidos aquellos textos cuyo propósito es difundir las diferentes facetas del pensamiento y en muchas de sus realizaciones el proceso mismo por el que se razona. Su misión principal es expresar y en la medida de lo posible resolver las necesidades formales y comunicativas de la meditación en fórmulas no necesariamente artísticas o científicas, pero incluidas dentro de la consideración de la literariedad¹⁴.

En cuanto a su estatuto genérico, el ensayo es sin duda el género de la crítica y la argumentación, pero personalizada o individualizada; en el ensayo el autor busca la expresión de la propia ideología a través de la primera persona. Se define, como antes señalamos, por un criterio pragmático que parte directa-

¹² Elena Arenas Cruz: *Hacia una teoría general del ensayo. Construcción del texto argumentativo*, Cuenca, Universidad de Castilla la Mancha, 1997, pp. 27 y ss.

¹³ Aparte de las ya tratadas en la primera parte, bajo el membrete de géneros didáctico-ensayísticos J. Huerta Clavo incluye el tratado medieval, memorias, biografías, el discurso, el sermón, el diccionario y, por supuesto, el ensayo. «Ensayo de una tipología actual de los géneros literarios», en A. García Berrio y J. Huerta Calvo: *Los géneros literarios: sistema e historia*, Madrid, Cátedra, 1992, pp. 218 y ss.

¹⁴ P. Aullón de Haro: *Teoría del ensayo*, Madrid, Verbum, 1992, pp. 105 y ss. Aullón de Haro considera el carácter literario de los textos pertenecientes al género ensayo cuando establece tres grandes grupos de géneros que constituyen el sistema Global de Géneros: géneros científicos, géneros ensayísticos y géneros artísticos o artísticos literarios. *Ibid.*, pp. 102-103.

mente del autor, por un componente semántico al ser expresión de sus sentimientos y por elementos formales al estar escrito en primera persona y estar caracterizado por la brevedad. Se sitúa entre las clases de textos de mayor aproximación científica (tratado y artículo), y las de menor aproximación científica (memorias, confesiones, discursos, diarios, etc.). Participa por tanto de lo artístico y lo literario en la medida en que siempre existe en el ensayo, a pesar o independientemente de su carácter abierto temática y estructuralmente, una voluntad de estilo que irremediablemente lo vincula también a la Retórica.

Afirma Isabel Paraíso al hablar de la prosa del ensayo en su libro *Teoría del ritmo de la prosa* que está a medio camino entre la prosa artística y la prosa científica; en cuanto a su cualidad artística, considera que «el ensayo es el reino de la intuición aplicada a la ciencia. Por tanto, el ensayo puede considerarse un arte¹⁵».

El siglo XX es el gran siglo del ensayo y el que muestra el carácter indeterminado del género al sintetizar en los diversos escritos en los que se materializa las múltiples manifestaciones textuales de las que procede y por las que se ha desarrollado.

En primer lugar el ensayo es un texto en prosa que tradicionalmente ha aparecido bajo el epígrafe de prosa didáctica sin aclarar o precisar ninguna de sus características constitutivas, ni siquiera la aparente indisolubilidad con la prosa, ya que han existido textos que bajo el epígrafe de ensayo aparecían en verso.

Por otro lado, el ensayo no es en principio o necesariamente de carácter literario aunque participe de él, ni asimilable a ninguno de los tres grandes géneros que forman la triada genérica clásica: narrativa, lírica, drama. No es asociable al género narrativo, ya que se trata de un discurso expositivo que no narra lo acontecido o susceptible de acontecer o imaginar en una ficción organizada. El ensayo es un texto principalmente discursivo en el que la figura y voz del autor constituye el único personaje, con ausencia de fábula aunque pueda ser incluida alguna historia narrada al ejemplificar las diferentes posturas que adopta el autor.

En relación con los géneros literarios, el ensayo se aparta en todas sus características del género dramático y lírico aunque en ocasiones se ha relacionado con el texto lírico por la actitud sentimental y subjetiva que comparten ambas formas. Por esta causa no es fácil encontrar aportaciones teóricas acerca del ensayo en las Poéticas modernas que abordan los géneros literarios.

Debido a su carácter indefinido, el ensayo sólo puede ser explicado como discurso reflexivo, libre y crítico en el que el ensayista focaliza un hecho con el mundo desde su perspectiva interior¹⁶. De ahí que el ensayista no aparezca ni lo pretenda como escritor especializado, sino —anteriormente lo señalamos— como autor que se basa en su propio nombre. Así lo afirma Montaigne: «Los

¹⁵ I. Paraíso Almansa: *Teoría del ritmo de la prosa*, Barcelona, Planeta, 1976, p. 225.

¹⁶ P. Aullón de Haro: *Teoría del ensayo*, cit., p. 130.

autores se comunican con el mundo en extrañas y peculiares formas; yo soy el primero en hacerlo con todo mi ser, como Miguel de Montaigne¹⁷.

Y sabemos que es extraño que el público identifique claramente el título de media docena de ensayos y ello porque este tipo de textos se suelen relacionar con su autor, es decir, con el ensayista, de manera que es fácil que un lector hable de ensayistas, pero no siempre podrá citar sus ensayos.

Por la importancia que adquiere el autor en este tipo de escritos se hace imprescindible el estudio de la posición en la que se sitúa y focaliza un hecho con el mundo. Es también por ello esencial el análisis de la situación comunicativa e histórica en que produce su texto, ya que esta actividad explicaría el espectacular auge del ensayo en determinadas épocas, como en la Generación del 98.

Podemos precisar algunas de las características que presenta el género, aunque nunca definirlo en su totalidad debido, lo repetimos, al carácter abierto e indefinido de los escritos que lo integran. El ensayo es un texto generalmente breve, aunque también puede presentar una extensión variable que oscila entre el tratado (de larga extensión y muchas veces formado por una acumulación de ensayos), e incluso una sola página. En cuanto al número de páginas y formato, se han señalado principalmente dos tipos de ensayos: breve en forma de artículo o recopilación de éstos, y extenso ofrecido en forma de libro y por ello más cercano al tratado¹⁸. Es el ensayo una pieza textual intermedia en cuanto a su extensión, aunque al hablar, por ejemplo, del artículo, puede ser considerado una parte o subgénero ensayístico cuando en él hay expresión de una referencialidad con carácter argumentativo.

El tema es abierto y de actualidad o de interés general. El ensayo puede abordar temas serios o temas jocosos o aparentemente banales ("Variaciones sobre la tontería" (1959) de José Ferrater Mora, o "El bigotillo" (1974) de Francisco Umbral); puede por tanto emprender temas de importancia o intrascendentes pero caracterizados por ser conocidos y nunca tratados de forma insustancial. El ensayista insinúa una nueva interpretación o revalida las ya existentes; de este modo, el ensayista se marca una nueva función: abrir caminos novedosos a la reflexión e incitar a su continuación.

Al no ser textos de carácter científico, el ensayo no es exhaustivo y no pretende serlo. El ensayista expone el proceso de pensar y el resultado de dicha actividad. Es interesante resaltar la similitud del proceso mimético de la literatura como acción de imitar y el resultado de dicha imitación y el ensayo, en el que leemos el proceso de evolución del pensamiento que da pie al texto así como la reflexión misma, es decir, el proceso y el resultado.

Debido a las características anteriores está claro que la subjetividad va íntimamente unida a la definición genérica del ensayo: el ensayista escribe lo que siente por lo que aparece la primera persona, el yo del autor empírico, y es nor-

¹⁷ M. E. Montaigne: *Ensayos*, cit., p. 782.

¹⁸ P. Aullón de Haro: *Teoría del ensayo*, cit., p. 108.

mal encontrar referencias autobiográficas. Por este subjetivismo el ensayo adquiere un cierto tono confesional y se le ha relacionado con la concepción hegeliana del género lírico, ya que a ambos se les presupone una actitud emotiva e íntima¹⁹. Sin embargo y como ya hemos señalado, consideramos el ensayo como género en prosa totalmente diferenciado de cualquiera de las realizaciones contenidas en los tres géneros tradicionales, incluidas las del género lírico, ya que aparte de lo ya apuntado, el ensayo está unido indisolublemente a la prosa y además en la lírica el yo es un yo lírico que no coincide necesariamente con el yo empírico (a pesar de que algunas teorías como la de Käte Hamburger así lo postulen) que caracteriza al ensayo.

Dirigido al lector, a través del ensayo se establece un diálogo activo entre autor y lector; el ensayista en realidad habla con sus lectores. No se trata en este caso de un receptor determinado —lo que lo separa del diálogo literario—, sino que el ensayista se dirige a un miembro de «la generalidad de los cultos»²⁰. El diálogo establecido en el ensayo es, además, de diferente naturaleza que el diálogo literario. Aquí el autor aparece identificado con uno de los dialogantes, y en las respuestas o intervenciones de los otros se puede establecer el carácter de los lectores a los que va dirigido. En el ensayo, por el contrario, el autor expone un texto como interlocutor que dialoga con el lector, quien a su vez acoge dicha reflexión de forma abierta y medita sobre ella²¹.

En el texto del ensayo se ofrece al lector un pensamiento, el del autor, y es el lector el que muestra su acuerdo o desacuerdo ante lo expresado por un único sujeto pensante en la reflexión y su proceso. De esta manera la interpretación del texto depende únicamente de este lector individual, al que es común que el autor aluda incorporándolo y haciéndole partícipe de su propia meditación. El ensayista, además, no es un investigador sino un pensador que expone un tema para abrir nuevas vías de análisis. Ni crea ni agota las posibilidades del tema, simplemente interpreta y argumenta al tiempo que ofrece una puerta al asentimiento o desacuerdo al lector. Así leemos a Ortega en su escrito *Adán en el Paraíso* (serie de artículos publicados en 1910 en el diario *El Imparcial*) a propósito de la pintura de Zuloaga: «Yo trato de ponerme en claro a mí mismo el origen de aquellas emociones que se desprendieron de los cuadros de Zuloaga la primera vez que los vi: nada más»²².

El autor del texto argumentativo expone en la mayoría de los casos la intención de sus escritos e incluso el hecho o circunstancias que han provocado su reflexión, circunstancias muchas veces de carácter autobiográfico, como en la cita que acabamos de leer a propósito de la impresión que a Ortega le causa la

¹⁹ E. Arenas Cruz: *Hacia una teoría general del ensayo*, cit., p. 127.

²⁰ J. L. Gómez-Martínez: *Teoría del ensayo*, cit., p. 52.

²¹ *Ibid.*, p. 53.

²² José Ortega y Gasset: *La deshumanización del arte y otros ensayos*, Barcelona, Planeta, 1985, pp. 65-66.

visión de la pintura de Zuloaga. Desde esta perspectiva elabora el texto, lleno de referencias personales que ayudan a estructurar el curso de su meditación.

Esta característica separa por un lado al texto ensayístico del científico, porque no pretende ser exhaustivo ni riguroso; por el otro, del literario ya que éste exige, por su propia naturaleza, ser creación original de un universo literario diferente del real. El ensayo se sitúa en la realidad del autor; éste no crea un mundo diferente de ficción, sino que analiza una parcela de su propia realidad y de lo que le rodea, le sorprende, le interesa o aborrece, o como afirma Isabel Paraíso: «La prosa narrativa tiende a la verosimilitud, y la del ensayo, a la exactitud, a la verdad»²³. Por esta razón, el texto del ensayo no puede ser calificado en términos de realidad o invención, sino en términos de juicio e interpretación de algo existente, al menos para el ensayista. Semánticamente el escritor de ensayos selecciona aquellos elementos y objetos de sus vivencias o intereses para construir el referente que posteriormente intensionaliza en el texto del ensayo.

Si atendemos a las características anteriores se puede suponer la falta de estructuración del texto del ensayo. Es un hecho que la disposición de los elementos en esta clase de textos procede del proceso de reflexión que realiza el autor, no de una organización rígida y en muchos casos convencionalizada que posee el texto literario y en mayor medida el discurso retórico. Sin embargo y a pesar de tratarse de textos estructuralmente no fijados mantienen cierta semejanza en algunos de sus esquemas y componentes con el discurso retórico.

La retórica posee un fuerte componente organizativo a través de la *dispositio* y las *partes orationis* que en dicha operación retórica se insertan. En el discurso retórico el orador atiende a una presentación del tema, *exordium*, donde expone el tema que va a tratar y su conveniencia; seguidamente mediante la *narratio* tiene lugar la exposición de los hechos que constituyen la causa; viene a continuación la *argumentatio* o presentación de las pruebas a favor o *probatio* y el intento de desbancar las del contrario o *refutatio*. Finalmente el orador hace una *conclusio* o epílogo donde recapitula brevemente lo dicho y vuelve a pedir el favor del público (*captatio benevolentiae*).

Esta estructuración del discurso retórico que aparece más o menos rigurosa dependiendo del género de la retórica en el que se inserte el discurso (judicial, deliberativo o epidíctico) no es operativa en el texto ensayístico y ello por varias razones. La primera y fundamental es que el ensayista organiza su escrito de acuerdo al esquema mental que ha producido su razonamiento. Quiere esto decir que en el ensayo los elementos aparecen unas veces dispersos y otras más o menos ordenados, pero sin un esquema formal previamente establecido. Por esta razón encontramos que el estilo del ensayo posee un carácter menos pesado y más ligero en la mayoría de los casos, por no estar sujeto a normativa de género. Esta establece que se trata del razonamiento personal del autor acerca de un tema abierto y del proceso mental que lo ha producido y desarrollado, y en ese orden aparece.

²³ I. Paraíso Almansa., *Teoría del ritmo de la prosa*, cit. p. 226.

Sin embargo, se puede extraer un paralelismo entre el esquema retórico antes apuntado y la estructuración del texto del ensayo. En el ensayo es habitual encontrar muchas de las partes del discurso retórico. Hay declaración de intenciones; también exposición de unos determinados hechos o principios y en ocasiones el intento de desbancar otros contrarios; hay, asimismo, una recapitulación de la opinión expresada por el autor, pero no es tan frecuente la *captatio benevolentiae* sino más bien una opción a la reflexión que se le brinda al lector. A pesar de ello, aun apareciendo estas partes paralelas a las contenidas en el discurso retórico, no aparecen en el orden dispuesto por éste, sino saltadas al libre arbitrio del ensayista.

De todas formas, en normal que en el ensayo se vea cierto tipo de exordio, parte que consideramos muy importante porque estructura el resto del texto. En el ensayo el exordio no sigue una pauta fija, aunque encontramos la presentación del tema, los motivos que le llevan a escribir ese ensayo, su intención al escribirlo, presupuestos básicos de su argumentación, posibilidades de defender esas tesis. En el punto de vista contrario encontramos muchas veces la declaración de escasa preparación, mención de la forma descuidada, cansancio del lector, se menciona la imposibilidad de agotar el tema, invierte el tópico del tema novedoso (sí lo hacía el exordio clásico).

Elena Arenas Cruz ha precisado una serie de puntos que separan o diferencian el ensayo de otros medios normales de expresión de la actividad especulativa o científica y que sintetizan sus características principales. Dichas diferencias se refieren al método expositivo, al objeto y finalidad, a la actitud del escritor ante su texto y ante la finalidad que persigue y finalmente a la lengua con la que se expresa:

– El ensayista no maneja una bibliografía específica porque tampoco busca un fin científico. Su base son sus lecturas personales y su propia biblioteca. Por ello el ensayo carece de notas que busquen erudición.

– El lenguaje del ensayo no es especializado, su léxico no es técnico porque es la lengua utilizada por el ensayista. En correlación con este hecho está la cuestión temática: el ensayo es abierto temáticamente aunque se hayan excluido todos aquellos temas que no puedan ser comprendidos por el lector culto normal.

– El ensayista tiende a reflexionar acerca de lo particular, aunque derive luego a lo universal o general.

– El ensayo, aunque posee una armazón lógica-argumentativa, no se basa en verdades necesarias, sino en opiniones verosímiles. Aparecen en el ensayo pruebas argumentativas derivadas de las vivencias personales del escritor. Su composición se desarrolla experimentando, cuestionando sus principios observándolos desde diversas perspectivas.

– El ensayista, vinculado a lo opinable, sabe que su posición argumentativa no es la única ni la definitiva. Por ello concede al lector idéntica libertad de pensamiento e idéntica subjetividad para opinar.

Una de las definiciones más claras acerca de lo que es el ensayo es la ofrecido en 1924 por Eduardo Gómez-Baquero (Andrenio), quien afirma lo siguiente:

Se usa de una manera vaga y equívoca el título de ensayo, y no todos los escritos que llevan esa rúbrica son verdaderos ensayos, siéndolo, en cambio, otras criaturas que no llevan el rótulo. Tomemos por punto de partida una definición académica [...]. «Ensayo —dice la Academia Española en su Diccionario— es un escrito, generalmente breve, sin el aparato ni la extensión de un tratado sobre la misma materia». El ensayo sería, pues, un tratado menor o un tratado imperfecto. Uno de los maestros del género, el doctor Johnson, dice que el ensayo es una irregular e indigesta pieza. Hay que añadir algo atañadero a la sustancia. El ensayo es la didáctica hecha literatura, es un género que le pone alas a la didáctica y que reemplaza la sistematización científica por la ordenación estética, acaso sentimental, que en muchos casos puede parecer desorden artístico. Según entiendo el ensayo, su carácter específico consiste en esta estilización artística de lo didáctico que hace del ensayo una disertación amena en vez de una investigación severa y rigurosa. El ensayo está en la frontera de dos reinos. El de la didáctica y el de la poesía, y hace excursiones del uno al otro. Es en cierto modo el sucesor moderno de la antigua poesía didascálica, que en tiempos más positivos habla en prosa²⁴.

Por otra parte, y de cara a descifrar el tipo de discurso que ejemplifica el ensayo, es interesante compararlo con otros tipos de lenguajes literarios y no literarios. Nos referimos al lenguaje periodístico, administrativo y judicial.

El texto periodístico está encaminado a la divulgación de un noticia que interese a un número de lectores, cuantos más mejor. La noticia debe responder a las preguntas quién, qué, cuándo, dónde, porqué o para qué, cómo. Su estructura suele ser piramidal: en primer lugar el lead o encabezamiento, que contiene los elementos informativos más importantes y a continuación y en párrafos descendentes, las diferentes informaciones en grado de importancia. El lenguaje periodístico tiene que ser claro, conciso y correcto, encaminado al entendimiento del mayor número de lectores.

En cuanto a los textos administrativos y judiciales, están presididos por un lenguaje técnico y jurídico, específico, objetivo en su totalidad y con terminología propia. Se separan por tanto del todo con el texto ensayístico por las razones anteriormente expuestas.

El ensayo, resumiendo lo anterior, es un texto argumentativo y en algunas partes expositivo. Mediante la argumentación se pretende convencer al lector intentando demostrar la falsedad de una opinión, idea o doctrina y la verdad de la que defiende el ensayista. Para argumentar, en muchos casos se comienza exponiendo lo que se conoce. La argumentación es esencialmente dialéctica: conduce a una verdad mediante razonamientos argumentativos en torno a dos

²⁴ E. Gómez de Baquero: «El ensayo y los ensayistas españoles contemporáneos», en *El renacimiento de la novela española en el siglo XIX*, Madrid, Mundo Latino, 1924, pp. 140-141.

tesis enfrentadas. No obstante puede suceder que la argumentación no contenga esa dialéctica porque no quiere demostrar la verdad de ninguna tesis formulada antes.

Podemos finalizar esta parte resumiendo sus características principales: el ensayo posee en primer lugar un carácter dialogal, lo que le dota de cierto dinamismo; denota además una forma de pensar espontánea, lo que le diferencia del tratado; exige o procura credibilidad, lo que le asemeja a la confesión, y finalmente, se dirige a un público amplio a diferencia del tratado o los textos científicos en general.

En cuanto a la lectura de los textos ensayísticos, es necesario que siempre suscite discusión. Por otro lado, el comentario del texto del ensayo debe hacer hincapié en el contenido, que suele ser más importante que la forma por ser un tipo de texto discursivo y argumentativo; la estructura no es lógica, es emotiva y está lleno de digresiones. Su lenguaje oscila entre lo denotativo y lo connotativo; usa el discurso imperfectivo, del tiempo presente. El análisis del ensayo no debe limitarse o centrarse en una cuestión de estilo, puesto que el estilo, por definición, describe rasgos individuales y no lo genérico o colectivo.

Aunque no es de entrada necesariamente de carácter literario, el ensayo se asoma a tres líneas fundamentales: a la Filosofía como especulación intelectual, a la crítica como actividad que escudriña y pondera construcciones intelectuales ajenas y a la ciencia entendida como expresión de certezas generales conseguidas mediante la investigación.

3. EL ENSAYO EN ESPAÑA

España, junto a Francia e Inglaterra, son los centros europeos en el desarrollo del ensayo más importantes de nuestro siglo. En nuestro país se inicia la tradición ensayística con Fray Antonio de Guevara y sus obras *Reloj de Príncipes* (1529) y *Epístolas familiares* (1542), con las que Guevara empieza a perfilar la prosa moderna en una crítica libre que refleja la inmediatez de la conducta humana. Para Américo Castro las *Epístolas familiares* serían «el primer ejemplo de prosa artística no sostenida en una ficción organizada (narración o novela), o en un contenido ideológico que valga por sí (Petrarca, Erasmo, León hebreo)», que «anticipa el ensayo y la crónica periodística (en sentido europeo). Finalmente Américo Castro entiende que las Epístolas son «un lejano antecedente de Feijóo, Cadalso, Larra, Ortega y Gasset²⁵».

Con anterioridad al siglo XVI, en el XV, hay ciertas experiencias prosísticas de Alonso de Cartagena, Diego de Valera o Hernando del Pulgar que se han señalado como antecedentes de las formas del ensayo. Ya en el siglo de Oro habría que señalar la extensa producción en prosa de tipo misceláneo o didác-

²⁵ A. Castro: *Hacia Cervantes*, Madrid, Taurus, 1967, 3ª ed.

tico de autores como Mexía, Zapata o Pérez de Oliva, además de la prosa de los místicos, especialmente el retrato del propio yo que traza Santa Teresa.

Es muy importante el siglo XVIII para la consolidación del ensayo en nuestro país, ya que el ensayo está íntimamente vinculado al fenómeno de la Ilustración. En esta época el saber erudito, antes expresado en latín, aparece en lengua vernácula. De esta manera, las ideas que antes sólo los eruditos podían leer pasan a ser asequibles a un mayor número de público, la escritura se hace más ágil y familiar. El hombre del XVIII tiende a aportar sus ideas en público, aunque éstas no son, como en el 98, el mundo, la patria y el yo, sino los intereses colectivos dirigidos por la razón.

El ensayo del XVIII primero trata de cuestiones de filosofía relativas al derecho natural, la autoridad civil, el espíritu de reforma, etc. Posteriormente, ese interés intelectual descenderá a cuestiones domésticas o sentimentales (la amistad), proceso que se consolida al finalizar la Ilustración.

Por otro lado, se empiezan a escribir textos que ni son narrativos ni intimistas, textos inclasificables en cualquiera de los tres grandes géneros literarios. Son la expresión escrita de una actividad reflexiva, pero muy diferente de la humanística.

En cuanto a autores y obras, la aparición de obras de Feijoo *Teatro crítico universal* y *Cartas eruditas y curiosas* (que son dos volúmenes de ensayos que él denomina discursos), y las *Cartas Marruecas* de Cadalso consolidan esa tradición ensayística dieciochesca. Juan Marichal habla de Feijoo como el primer ensayista moderno, ya que pretende escribir sin atender a las reglas retóricas, sino de modo familiar, natural y espontáneo para conversar, no para enseñar o predicar.

Asimismo se encuentran antecedentes en publicaciones periódicas del siglo XVIII: *El Censor* y *Diario de los literatos*. Junto a ellos es necesario señalar algunos antecedentes desde el siglo XVI que contribuyen a la supremacía del género y su maestría en España con la consolidación del ensayo en la generación del 98 y los escritos desarrollados durante todo el siglo XX, tales como Juan de Valdés, Quevedo, muy especialmente Gracián, Fray Luis de León, el Padre Isla y Jovellanos.

En cuanto al uso del término en España, no se incluye la voz ensayo en el Diccionario de la Real Academia hasta 1869 y hasta 1925 no se registra la voz ensayista. En su sentido actual es Clarín el primero que utiliza la palabra ensayo al titular en 1892 unos trabajos literarios propios *Ensayos y revistas*. Hasta entonces se seguía utilizando discurso, epístola, oración, etc. Esta indeterminación terminológica esconde sin duda en este momento la todavía difícil adscripción de textos concretos al género *argumentativo*. En cuanto a los orígenes, es curioso reseñar que la obra del primer ensayista europeo Miguel de Montaigne, no se traduce y publica en España hasta la emblemática fecha de 1898. Con anterioridad, en el siglo XVII Diego de Cisneros había llevado a cabo una traducción española que permaneció inédita por problemas con la Inquisición.

Si el siglo de Oro español es el siglo del teatro y el XIX el de la novela, el siglo XX es el siglo del ensayo. Ya en los comienzos del siglo, la generación del 98 presenta una situación crítica que constituye en España el arranque constitutivo y definitivo del ensayo. Unamuno consagra el uso intelectual del término y es Ortega y Gasset en sus *Meditaciones del Quijote* (1914) quien en el prólogo «Lector» define el término y su pertinencia hispánica.

La magnífica producción ensayística y el desarrollo muy extenso del género dentro de la literatura española tiene su explicación por la enorme tendencia moralista y discursiva que la caracteriza desde sus orígenes, lo que la hace llenarse de reflexiones.

BIBLIOGRAFÍA

- AULLÓN DE HARO, P.: *Teoría del ensayo*, Madrid, Verbum, 1992.
- AULLÓN DE HARO, P.: *El ensayo en los siglos XIX y XX*, Madrid, Playor, 1984.
- AULLÓN DE HARO, P.: *Los géneros ensayísticos del siglo XIX*, Madrid, Taurus, 1987.
- AULLÓN DE HARO, P.: *Los géneros ensayísticos en el siglo XX*, Madrid, Taurus, 1987.
- AULLÓN DE HARO, P.: *Los géneros ensayísticos en el siglo XVIII*, Madrid, Taurus, 1987.
- AULLÓN DE HARO, P. (Coord.): *Introducción a la crítica literaria actual*, Madrid, Playor, 1983, pp. 126-130.
- ARENAS CRUZ, E.: *Hacia una teoría general del ensayo. Construcción del texto argumentativo*, Cuenca, Universidad de Castilla la Mancha, 1997.
- BACON, F.: *Works of Francis Bacon*, New York, Garret Press, 1968.
- G. BUENO: «Sobre el concepto de ensayo», en *El padre Feijóo y su siglo*, Oviedo, Universidad de Oviedo, 1966.
- CARBALLO PICAZO, A.: «El ensayo como género literario», *Revista de Literatura*, V, 9-10, enero-junio, 1954, pp. 93-156.
- CASTRO A.: *Hacia Cerventes*, Madrid, Taurus, 1967, 3ª ed.
- El ensayo español, 5. Los contemporáneos*, ed. Jordi Gacía, Barcelona, Crítica, 1996.
- El ensayo español*, ed. Jesús Gómez, Barcelona, Crítica, 1996, 5 vols.
- GARCÍA GUAL, C.: *Primeras novelas europeas*, Madrid, Itsmo, 1974.

- GÓMEZ DE BAQUERO, E.: «El ensayo y los ensayistas españoles contemporáneos», en *El renacimiento de la novela española en el siglo XIX*, Madrid, Mundo Latino, 1924.
- GÓMEZ-MARTÍNEZ, J. L.: *Teoría del ensayo*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1987.
- GÓMEZ-MARTÍNEZ, J. L.: *Teoría del ensayo*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1987.
- HUERTA CALVO, J.: «Ensayo de una tipología actual de los géneros literarios», en A. García Berrio y J. Huerta Calvo: *Los géneros literarios: sistema e historia*, Madrid, Cátedra, 1992.
- LAPESA, R.: *Introducción a los estudios literarios*, Madrid, Cátedra, 1988 (17º ed.).
- LUKÁCS, G.: «Sobre la esencia y forma del ensayo», en *El alma y las formas*, Barcelona, Grijalbo, 1975.
- MONTAIGNE, M. de.: *Oeuvres complètes*, Bruges, Bibliothèque de la Pléiade, 1967.
- MONTAIGNE, M. de.: *Ensayos.I*, Madrid, Cátedra, 1985.
- ORTEGA Y GASSET, J.: *La deshumanización del arte y otros ensayos*, Barcelona, Planeta, 1985, págs.
- ORTEGA Y GASSET, J.: *Meditaciones del Quijote*, Madrid, Cátedra, 1995, pág. 43.
- PARAÍSO ALMANSA, I.: *Teoría del ritmo de la prosa*, Barcelona, Planeta, 1976.
- PORQUERAS MAYO, A.: *El prólogo en el Renacimiento español*, Madrid, C.S.I.C., 1965.
- RALLO, A.: *La prosa didáctica en el siglo XVII*, Madrid, Taurus, 1988, p. 120.
- SUÁREZ GRANDA, J. L.: *El ensayo español del siglo XX (1900-1990)*, Madrid, Akal, 1996.
- UMBRAL, F.: «El bigotillo», en *El ensayo español, 5. Los contemporáneos*, op. cit.